

ó de la disipación á una vida fervorosa. El hijo pródigo vuelve en sí mismo y se abren sus ojos. Hé aquí lo que debe hacer el alma tibia y relajada. Medite seriamente estas palabras: *porque eres tibio te arrojaré de mi boca*; y sin duda que despertará de ese sueño fatal.

PUNTO SEGUNDO.—*El recogimiento aleja de nosotros muchas tentaciones.* Vivir en el recogimiento equivale á conservarse en una dulce pero continua atención á los movimientos de la gracia para secundarlos, y á los de la naturaleza para reprimirlos ó corregirlos. Un alma disipada va de continuo buscando al exterior alguna satisfacción natural.... ella misma parece que va en busca de las tentaciones.

PUNTO TERCERO.—*El recogimiento nos preserva del pecado.* En efecto, comunica á nuestra alma luz y fuerza, en cuya virtud podemos triunfar del pecado que es obra de *tinieblas y flaqueza*. ¡Aquí está Dios: El me ve..... este pensamiento sostiene á la vez que ilumina. Hé aquí porqué la Sagrada Escritura atribuye de ordinario las caídas en el pecado al olvido de Dios, y por otra parte reconoce que la perseverancia en su justicia es debida al recuerdo de su presencia.

MEDITACIÓN XVI

Felicidad del sacerdote recogido

- I. Sus rápidos progresos en la santidad.
- II. Su semejanza con los bienaventurados.

PUNTO I

Rápidos progresos en la santidad

El recogimiento nos hace progresar á pasos agigantados en la santidad por las gracias que atrae sobre nosotros, por las buenas obras y méritos de que va llenando nuestros días, y por la continua práctica de las virtudes.

1.º El corazón de Dios es un tesoro inagotable. Todas sus delicias son enriquecernos de sus dones, y no contento con esto, El mismo nos excita á que se los pidamos; y cuando ve en nosotros las

debidas disposiciones no sólo para recibirlos, sino también para usar de ellos, según los designios de su paternal Providencia, entonces los derrama sin medida sobre nuestra alma.

Ahora bien, ya sea para atraer sobre nosotros los divinos socorros, ya para aprovecharnos mejor de ellos, la mejor disposición es vivir recogido, no buscando nuestra alma sino á Dios para adorarle, bendecirle é invocarle. De modo que esta alma, manteniéndose siempre elevada con el espíritu y con el corazón en Dios, puede decirse que pasa sus días en oración continua. *Continuum desiderium, continua oratio* (1). Y acompañando su oración de toda aquella atención, respeto, confianza y amor que la hacen agradable al Señor, no es posible que pida y no obtenga.

Por eso la Iglesia que tanto confía en la oración pública, ha ordenado á sus ministros que se preparen á ella con un acto de recogimiento: *Aperi, Domine, etcétera.*

¡Oh cuán dulce es para un sacerdote recogido el rezo del oficio divino, mientras resulta un peso insoportable al sacerdote disipado! ¡Qué de dones espirituales atrae sobre el primero, y de cuántas irreverencias y desdichas es ocasión para el segundo.

Además, merced al recogimiento, yo llego á ser dueño de mí mismo, «hallo siempre mi corazón dispuesto á orar, sin necesidad de irlo á buscar en otra parte (2).» Desde ese instante las frases con que el real Profeta derrama su espíritu delante de Dios, para mí, no son solamente vanas palabras, sino que poseído de sus mismos sentimientos, me deleito en ellos con fruición. Gusto entonces en toda su dulzura las admirables fórmulas que pronuncio en el altar, al administrar los Sacramentos y en las diversas prácticas de piedad: *Orabo spiritu, orabo et mente* (3).

(1) San Agustín.

(2) II Reg., VII, 27.

(3) I Cor., XIV, 15.

En suma, así como la disipación nos priva de los beneficios divinos y de su saludable influencia, el recogimiento por el contrario nos lo atrae robusteciendo su eficacia. En efecto, un hombre entregado á las cosas terrenas, casi no se da cuenta de las luces celestiales que se presentan á su inteligencia, ó si las ve, no hace caso de ellas. Al contrario, Dios ofrece con más gusto su gracia al que está dispuesto á recibirla y apreciarla, y cuyo corazón está pronto á secundar siempre sus impulsos.

2.º Por otra parte, atrayendo sobre nosotros el recogimiento los dones celestiales, multiplica en cierto modo nuestras buenas obras. Este hermoso pensamiento «Dios me ve y está satisfecho de verme tan ocupado siempre en complacerle», es capaz de despertar el alma de su letargo purificando sus intenciones, electrizándola y llenándola de santo fuego: y de ahí procede ese valor inestimable que van adquiriendo todas sus acciones, hasta las más ordinarias.

Entonces es cuando en lugar de obrar por fines mundanos ó según los impulsos de nuestra estragada naturaleza, todo lo consagramos á Dios y de un modo más digno de Dios sacando así de todo ello un provecho inmenso para nuestra alma.

3.º En fin, del recogimiento nace ese desprendimiento de las criaturas y ese deseo de no buscar más que á Dios, fuera del cual nada hay apreciable: de ahí esas náuseas que nos inspira todo lo terreno; y á la verdad, muy necio sería el que pudiendo recoger diamantes, se entretuviese en recoger polvo! ¿Qué es la tierra para el que mira al Cielo (1)?

De aquí la paciencia y el heroísmo en las tribulaciones: *Non sunt condignæ passionis hujus temporis ad futuram gloriam* (2); de ahí el celo ardiente por la salvación de las almas, pues se llega á comprender su inmenso valor: de ahí esa entera conformidad con la voluntad de Dios, que-

(1) *Quam sordet tellus dum cælum intueor!* (San Ignacio de Loyola.)

(2) Rom., VIII, 18.

riendo lo que El quiere y como lo quiere: de ahí, en una palabra, aquella vida de fe que, siendo un continuado ejercicio de todas las virtudes sólidas, constituye la verdadera justicia, que nos hace conseguir la perfección.

¿Qué ceguedad pues, es esa que nos hace desagradable esa soledad, dondó no tenemos más que á Vos, Dios mío, como si en Vos no se hallasen todos los bienes?

PUNTO II

El recogimiento nos proporciona en la tierra una felicidad parecida á la del Cielo

Perfecta inocencia, paz inalterable, gozo soberano que es el gozo del mismo Dios: hé aquí los bienes que con plenitud se disfrutan en el Cielo, y hé aquí también los bienes de que nos hace partícipes el recogimiento en la tierra.

En primer lugar, en el Cielo no puede entrar nada contaminado; de modo que allí es imposible el pecado, porque contemplando á Dios en toda la magnificencia de sus atributos, se siente uno atraído á amarle con todas las fuerzas de su espíritu.

Ahora bien, el pensamiento de la presencia de Dios, descubre en cierta manera á nuestra alma algún destello de su gloria y nos coloca casi en la imposibilidad de ofenderle: de este modo el amor y el temor nos apartan del pecado: *Memoria Dei cuncta excludit flagitia* (1).

Además, como en el Cielo no hay nada que pueda turbar la tranquilidad de los escogidos, por habitar ellos en una ciudad guardada y defendida por Dios (2): del mismo modo la reconcentración del alma en sí misma y el hábito de pensar en la presencia de Dios, calma todas las pasiones y, contrarrestando los deseos inútiles que nos acosan, disfruta nuestro corazón de perfecta tranquilidad.

A la verdad ¿qué puedo aún temer cuando yo sé que estoy bajo la tutela de un Dios omnipo-

(1) San Jerónimo.

(2) Ps. CXXXVI, 1.

tente, que tiene para mí el afecto de un padre, la ternura de una madre, y cuya benevolencia me defiende cual escudo impenetrable? *Domine, ut scuto bonæ voluntatis tuæ coronasti nos* (1). Y si no, preguntad á aquel santo anacoreta, de dónde le viene aquella serenidad perpetua que hermosea su rostro y os contestará: «Tengo á Dios, todo lo poseo en Dios, no hay en el mundo quien pueda arrebatarme mi tesoro.»

Al amenazar á San Basilio con el destierro, repitió sin la menor turbación las palabras de David: *Domini est terra, et plenitudo ejus*. Llevadme si queréis á la región más lejana, arrojadme si os place en medio de los bárbaros, en todas partes siempre hallaré á Dios.

Pero ved aquí el colmo de la felicidad para el alma recogida. Habiéndonos exhortado nuestro Salvador á perseverar en su amor, lo cual haremos admirablemente si sabemos dirigir á Él todos nuestros pensamientos y afectos, añadió en seguida: «Os he dicho todo esto á fin de que mi gozo permanezca en vosotros, y el vuestro sea completo (2).»

En efecto, es propio del recogimiento llevarnos á esa sagrada intimidad con el Señor; la cual es una comunicación de su propio gozo, y un anticipado saborear de la felicidad celestial. San Agustín hablando por propia experiencia, exclamaba: el que se une á Vos, Dios mío, por la vida interior y el espíritu de oración, entra en el gozo de su Señor, donde no habiendo nada que temer, vive felicísimo en el seno del autor de la felicidad: *Qui intrat in te, intrat in gaudium Domini sui, et non timebit, et habebit se optime in optimo*.

En el capítulo primero del libro segundo de la imitación de Cristo se leen admirables enseñanzas á este propósito: tornará, pues, muy útil su frecuente lectura y su meditación. «Aprende, se lee allí, á menospreciar las cosas exteriores y á darte á las inte-

(1) Ps. V, 13.

(2) *Hæc locutus sum vobis: ut gaudium meum in vobis sit, et gaudium vestrum impleatur.* (Joan., XV, 11.)

riores y verás venir á ti el reino de Dios. Este reino es la paz y el gozo en el Espíritu Santo. Si tú le aparejares digna morada, Jesucristo vendrá á ti y te llenará de consolación. Dios visita con frecuencia al hombre interior: *Frequens illi visitatio cum homine interno*, porque éste se halla siempre dispuesto á recibir sus favores. El le habla y su lenguaje es dulce como el del amigo al amigo: *Dulcis sermocinatio*. Le consuela descubriéndole el fruto que sacó de las pruebas, y entonces á la aflicción sucede la alegría: *Grata consolatio*. Una abundante y deliciosa paz inunda el alma recogida, *multa paz*; y los cielos se asombrarán al ver la familiaridad tan íntima en que viven el Señor y el siervo: *familiaritas stupenda nimis*. Da pues entrada á Cristo, y cierra la puerta á todo lo demás. *Da ergo Christo locum, et cæteris omnibus nega introitum.*»

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El recogimiento favorece en gran manera nuestros progresos en la perfección.* En efecto, atrae sobre nosotros gracias muy abundantes, multiplica nuestras buenas obras y nos hace fácil y suave la práctica de las más encumbradas virtudes. Dios concede con agrado sus favores á los que se los piden y están dispuestos á aprovecharlos. El alma recogida está siempre dispuesta á rezar, y á rezar bien, acrecentando de este modo el rico talento de la gracia. No hay cosa tan á propósito para espiritualizar y perfeccionar nuestras obras como este pensamiento que el alma recogida tiene de continuo presente: *Dios me ve; El se regocijará si yo procuro agradarle en todo lo que haga.* Del recogimiento nace el desapego de las criaturas, la paciencia en las pruebas, la conformidad á la voluntad divina, y esa vida de fe que es la vida del justo.

PUNTO SEGUNDO.—*El recogimiento nos hace de antemano gustar bienes que tienen alguna semejanza con los del Cielo.* Perfecta inocencia: nada manchado entra en los Cielos, ni tampoco en un alma perfectamente recogida. *Paz inalterable:* ¿qué podrá infundirme temor si yo pienso que tengo siempre á mi lado, dispuesto para defenderme á un Dios Todopoderoso que es á

la vez mi padre? *Gozo soberano* que es el gozo del mismo Dios. El recogimiento nos pone en esa intimidad con Dios, en la cual participamos de su propio gozo y de la felicidad celestial.

MEDITACIÓN XVII

Infelicidad de un sacerdote disipado

- I. Su vida es inútil.
- II. Está llena de trabajos.
- III. Está expuesta á una infinidad de peligros.

PUNTO I

La vida de un sacerdote disipado es por lo menos inútil

En efecto, supuesto que no rebosase de culpas, en cuyo caso, según veremos, se le condenaría por el mal que comete, ciertamente será castigado por el bien que deja de hacer, según le incumbe á su ministerio.

Demasiado cierto es que no hay sarmiento que fructifique separado de la vid de donde saca la savia vital: luego separándome de Cristo con mi vida disipada, yo mismo me condeno á una completa esterilidad: porque El es la vid y yo el sarmiento. Si yo alejo de mi espíritu á Jesús para entregarme á las criaturas, si yo me opongo á la dirección interior con que El quisiera guiarme ¿no es esto separarme de El y rehusar la vivificadora savia de su gracia? Escucha pues, alma mía, y presta atención á este oráculo del Hijo de Dios: «Aquel que mora en Mí y yo en él producirá abundantes y opimos frutos, mas el que no mora en Mí será como sarmiento seco arrojado al fuego (1).»

Esta verdad resulta mucho más evidente al examinar este apóstrofe que el Señor dirige al profeta

(1) *Qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum. Si quis in me non manserit, mittetur foras sicut palmas, et aresecet....et in ignem mittent, et ardet.* (Joan., XV, 5, 6).

Ezequiel: «Hijo del hombre: ¿qué haremos nosotros del sarmiento seco, separado de la vid? ¿Servirá esa madera para algún trabajo, ó se labrará con él una estaca para colgar de ella cualquier trasto?.... No; se arrojará al fuego como inútil (1).»

Para el sarmiento, dice San Agustín, no hay término medio; su destino es, ó la vid, ó el fuego: *Aut vitis, aut ignis* (2). Esta es la más acabada imagen de un sacerdote disipado. Escogido por Dios para cooperar eficazmente al cumplimiento de sus misericordiosos designios, se hace inútil para tan elevado fin. Ya no lleva en sus manos la vara de Moisés para arrancar agua de los peñascos y tocar los corazones endurecidos, ni el báculo de Eliseo para resucitar los pecadores á la vida de la gracia.

Pero ¿acaso terminan aquí los deberes del pastor? ¿No somos también los maestros, los doctores de la vida espiritual? Sí; nuestra misión no es tan sólo la de resucitar las almas, sino que además hemos de dirigir las en el áspero camino de la perfección. Mas ¿cómo podremos conseguir esto si no las precedemos con las enseñanzas del ejemplo?

El sacerdote que deja penetrar la disipación en su espíritu, hácese inepto para el ejercicio del ministerio divino, y probablemente pertenece al número de los que, según el Profeta, carecen de inteligencia ó la tienen vana, porque no la emplean en buscar á Dios. Trastornados por tanto en sus pensamientos, se han extraviado de tal modo que han llegado á ser inútiles: *Omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt* (3).

¡Oh Dios mío! ¡Inútiles para la gloria del Señor, para la santificación del prójimo, inútiles hasta para sí mismos! ¡Ah! Un sacerdote que continúa viviendo en la disipación, va acumulando remordimientos para la hora de la muerte! ¡Qué amargura

(1) *Filii hominis quid fiet de ligno vitis? Nunquid tolletur de ea lignum, ut fiat opus aut fabricabitur de ea pavillus, ut dependeat in eo quodcumque vas? Ecce igni datum est in escam... numquid utile erit ad opus?* (Ezeq., XV, 2, 3, 4).

(2) Tract. in Joan.

(3) Ps. XIII, 3.

experimentará entonces cuando se diga á sí mismo: «he trabajado noches enteras, y ¿qué fruto he recogido? La fe que tan vivamente brillaba á los ojos de mi alma, no fué bastante para iluminarme, y en lugar de seguir las luces de sus acertados consejos he seguido las inclinaciones de la naturaleza.

«¿A qué tanto trabajar, á qué fatigarme tanto?.... He ejercido en la tierra las funciones de pastor, mis obras han sido muchas, y acaso alguien pudo creer que el móvil de todas ellas haya sido el celo y Dios el fin..... Mas ¡ay! que al contrario, lo que me impulsó á obrar no fueron sino el amor propio y la sensualidad..... Y ¿valía la pena correr en pos de la vanidad para perder tantos méritos y una gloria inmortal?.... *Ego dixi: in vacuum laboravi, sine causa, et vane fortitudinem meam consumpsi* (1).»

PUNTO II

La vida del sacerdote disipado está llena de trabajos

No pudiendo su alma hallar en las cosas exteriores el bien que apetece, lo va afanosa buscando fuera de sí, y vive siempre en la inquietud y tormento. Figurémonos el mar en tempestad. Lanza con furor sus olas contra la orilla donde se estrellan, y ésta con menos fuerza la rechaza otra vez al mar: hé aquí la imagen del alma disipada y agitada por las pasiones. En efecto, no hallando ella más que vergüenza y remordimientos en el recuerdo de sus vilezas, de la preferencia indigna que dió á la mentira sobre la verdad, á la criatura sobre Dios, huye de sí misma y va mendigando de las cosas y objetos exteriores aquella paz y contento que le niega su interior desordenado.

Mas, pronto convencida del engaño en que ha caído, impulsada por la tristeza que la consume, y por las náuseas que le producen los bienes falaces del mundo, huye de este tumulto exterior, y vese obligada á volver sobre sí misma. Así empujada

(1) Isai., XLIX, 4.

exterior y rechazada por el interior, en ese continuo flujo y reflujo, no puede disfrutar un momento de paz, ni fuera ni dentro de sí misma. «¡Dios mío! exclama aquí San Agustín: este es un castigo de vuestra justicia y al mismo tiempo efecto de vuestra misericordia para el que os abandona, buscando en las criaturas un bien que solo Vos podéis concederles, porque sois el sumo Bien; en lugar de la santificación apetecida sólo halla pena y tormento.»

Pero si esto afirmamos del hombre en general ¿qué diremos del cristiano, del sacerdote? Por grandes que sean sus extravíos es imposible no experimentar su alma algún efecto amoroso de la gracia, algún llamamiento. Porque en un hombre del santuario, dedicado á los ministerios más altos, encargado de los intereses más relevantes que puede la mente humana imaginar, la disipación no ha de ser tan continuada que no le permita pensar alguna que otra vez en su dignidad sublime y las tremendas obligaciones que ha contraído. No, no es posible que, cotejando su estado actual con lo que debía ser, las gracias que recibe, los oficios que le han sido confiados, con la cuenta que ha de dar de ellos, no se dirija á sí mismo amargos reproches.

Al contrario, si el sacerdote recogido sufre contradicciones y pruebas se alegra en Dios. ¡Oh cuántas penas hace olvidar una oración devota, una Misa celebrada con fervor, un ministerio bendecido por el Señor!.... Mas ¡ay de mí! que en aquello que éste encuentra delicias celestiales, el sacerdote disipado no halla sino amarguras y angustias mortales: *Contritio et infelicitas in viis eorum* (1).

PUNTO III

La vida de un sacerdote disipado está llena de peligros

La disipación aleja de nosotros los pensamientos de la fe y por lo mismo nos priva de las luces y de la fuerza que en ellos tienen su principio; ella aleja

(1) Ps. XIII, 3.

de nosotros las gracias y nos impide aprovechemos las que hemos recibido, y nos abandona en las manos del espíritu de las tinieblas: abre nuestro corazón á toda clase de seducciones: nos dispone al pecado, y nos hace empedernidos en él..... Ahora bien ¿podrá concebirse estado más peligroso? además, sin recogimiento, mis prácticas de piedad, ó las dejo del todo, ó las hago malamente: entretanto si no rezo ó rezo mal, voy secando la fuente de las bendiciones divinas y de ahí que á todos mis ministerios les faltará la vida.

Por lo mismo no podré alimentar á las almas que me son confiadas, y sin alimento ¿qué será de ellas? *Non pavisti, occidisti.* ¡Ah, yo soy la higuera estéril, maldita de Dios; el sarmiento cortado de la vid, y arrojado fuera: *mitettur foras!* Casi arrojado del seno de aquella peculiar Providencia, que vela sobre los buenos sacerdotes, ya ni para mi defensa, ni para mi santificación me serán concedidas aquellas gracias de predilección, que son la exquisita recompensa de la fidelidad..... ¡Ah! ya estoy temiendo se cumpla en mí la amenaza divina: «Cuando se habrán entregado á la disipación, perecerán: *Tempore, quo fuerint dissipati, peribunt* (1).

Para no incurrir en semejante desgracia cesa, alma mía, cesa de andar vagando en pos de las cosas de aquí abajo, donde todo es locura, mentira y vanidad: *Noli evagari, anima mea, post vanitates et insanias falsas.* Entra en ti misma, vuelve á Dios; hallarás en Él lo que en vano buscas fuera de Él, porque siendo el mismo bien, será también la fuente de toda consolación: *Convertere ad Dominum Deum tuum, quia ipse est fons totius consolationis.* Vuelve, pobre paloma, vuelve á Noé, entra otra vez en el Arca, penetra de nuevo en el corazón de tu Jesús, porque solamente en este asilo divino estarás segura. ¡Ah, demasiado cara te costó la imprudencia de haberlo abandonado! *Revertere, anima mea, revertere, columba, ad Noe in arcam, ad Christum, in cordis secretum, quia diu foris manere non est securum.* Renun-

(1) Job, VI, 17

cia á las vanas y pecaminosas complacencias de la vida exterior y disipada si quieres gustar las verdaderas y santas dulzuras que manan de la comunicación íntima con Dios. No, tú no debes alimentarte con el cebo de los buitres, ni acercarte á la podredumbre de los cadáveres: *Renue consolari exterius, si vis recreari interius: noli cum corvo extra arcam manere, sed cadaver cito fuge.* El hambre, la agitación, los trabajos que experimentaste desde el día que saliste del arca santa, ojalá sean parte para que pronto te vuelvas á recoger en ella. Vuelve pues, alma mía, vuelve á Cristo Jesús. Él extenderá amorosamente su mano para recogerte y con el Pan del Cielo robustecerá tus fuerzas: *Esuriens redi, pascet te Christus pane caeli.* Finalmente, para el disipado no hay más que insidias, tentaciones y peligros: al contrario, para el alma recogida que vive de la vida interior ó que se da prisa para volver á ella, no hay más que seguridad, gracias, santidad y bienaventuranza: *Multa sunt insidiae extravagantis animae, et magna tutela cito revertentis columbae* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La vida de un sacerdote disipado es á lo menos, inútil.*—Será condenado por el bien que deja de hacer aun cuando no lo fuere por el mal que hace. De estos desgraciados habla el profeta cuando dice: «*se han apartado de su fin y han llegado á ser inútiles.*» Sí, inútiles para la gloria de Dios, para la santificación del prójimo y de sí mismos. ¡Ah, cuántos remordimientos se va preparando un sacerdote disipado!

PUNTO SEGUNDO.—*La vida de un sacerdote sin recogimiento es una vida llena de sufrimientos.* Es un castigo de vuestra justicia, ¡oh Dios mío! á la vez que un efecto de vuestra misericordia que, aquellos que se alejan de Vos para buscar en las criaturas esa felicidad que Vos solo podéis proporcionarles, no encuentren sino penas y aflicciones, y que su misma culpa llegue á ser su suplicio. ¿Será posible que no demos de vez en cuando una mirada llena de zo-

(1) Thom. a Kemp. *Solit. anim.*, c. 70.

zobra á nuestro porvenir eterno y que no nos dirijamos serios reproches al considerar lo que somos y lo que debiéramos ser?

PUNTO TERCERO.—*La vida del sacerdote sin recogimiento es una vida llena de desventuras.* La disipación, alejando de nosotros los pensamientos de la fe, nos priva de la luz y de las fuerzas que de ellos brotan como de su principio..... ella abre las puertas de nuestro corazón á todas las seducciones..... ella nos lleva al pecado y al endurecimiento en la maldad. ¿Puede darse estado más alarmante y lastimoso para nuestra salvación?

MEDITACIÓN XVIII

Las prácticas de piedad son otro medio de santificación

- I. Aprecio en que las tiene el buen sacerdote.
- II. Cómo demuestra ese aprecio.

PUNTO I

El buen sacerdote tiene en gran estima las prácticas de piedad

Estos piadosos ejercicios le proporcionan grandes bienes espirituales, sobrenaturales y eternos que son por esto mismo infinitamente superiores á los bienes materiales y temporales. Cuando el eximio Suárez decía que más bien se resignaba á perder todos sus conocimientos teológicos que un cuarto de hora de oración ¿acaso exageraba la importancia de nuestras prácticas de piedad? No, por cierto, sino que aquilataba en su justo valor los actos de fe, de esperanza, de amor, de adoración y de todas las operaciones que el alma practica en esos dichosos momentos.

Él sabía por demás á dónde pueden conducirnos semejantes actos y qué recompensa pueden merecer para la vida presente y sobre todo para la futura. Él no ignoraba lo que había costado á Jesús cada uno de esos buenos pensamientos é inspiraciones y cada una de esas gracias que Dios nos dispensa con tanta liberalidad cuando nos entregamos con fervor á estos piadosos ejercicios.

Siendo pues, de orden sobrenatural los bienes que manan de la oración, de la lectura espiritual, de los exámenes, etc., tienen sobre los bienes naturales tres ventajas verdaderamente inapreciables, á saber: el solo deseo es ya de suyo un gran bien; el mismo deseo nos pone en posesión de ellos; y por último, nos hace esta posesión más dulce y suave.

1.º Respecto á los bienes naturales, su deseo, cuando no los tenemos, lejos de ser un bien es una angustia que oprime el corazón, del mismo modo que el hambre y la sed atormenta el cuerpo. No sucede lo propio con los bienes de la gracia; el sólo desearlos es ya un acto de virtud muy grande, una noble tendencia del alma que se eleva hacia Dios, principio y fuente de todo bien verdadero. No es extraño que el alma experimente grandes consuelos en estos deseos, puesto que, acercándonos á Dios que es nuestro fin, nos perfeccionan más y más, al contrario de los deseos de las cosas temporales que, apartándonos de nuestro centro, no nos sirven sino de tormento.

2.º Otra diferencia notable hay entre los bienes espirituales y los de la naturaleza, y consiste en que el deseo de estos últimos no nos pone en posesión de ellos; pues nadie es sabio ni rico por el solo deseo de serlo; mientras que por el contrario, si yo tengo «hambre y sed de justicia, seré saciado», y si deseo lo que hace al hombre justo y santo, descenderá sobre mí la justicia y la santidad. ¿Sabéis por qué? Porque yo oro, y la oración á pesar de no ser más que un santo deseo, es sin embargo «esa preparación del corazón,» que Dios jamás desoye: *Esurientes implevit bonis* (1). *Desiderium perpetuum exaudivit Dominus: preparationem cordis eorum audiat auris tua* (2). ¿Qué hizo si no el sabio para alcanzar la sabiduría? La deseó *Optavi, et datus est mihi sensus* (3).

3.º Por último, el deseo de los bienes espirituales

(1) Luc., I, 53.

(2) Ps. XH, 17.

(3) Sap., VII, 7.